

# POLITICA DE CENTRO EN LA IGLESIA

EDUARDO J. ORTIZ

## POLITICA DE CENTRO

En todo tiempo ha habido etiquetas personales temibles y otras apetecibles. Además, no todas las épocas han gozado siempre de los mismos gustos. Una de las etiquetas más convencionales, y sin embargo bastante práctica, es la que clasifica a las personas según su manera de actuar y de pensar en derechistas e izquierdistas. Parece igualmente claro que las predilecciones de nuestro tiempo han experimentado un considerable viraje hacia la izquierda. Hoy a muy poca gente le gusta que le llamen de derechas, ya que ese nombre se asocia fácilmente con retrógrado, conservador, preconiliar, medieval y otros epítetos semejantes. Hasta el tradicionalista más recalitrante siente un cosquilleo juvenil cuando alguno le dice bromeando que un comentario suyo suena a izquierdoso. Al oírlo siente que le han quitado unos cuantos años de encima.

Pero estas predilecciones se guardan para los momentos intrascendentes y de esparcimiento. En realidad, hoy para hacer carrera en la Iglesia hay que hacer profesión de hombre de centro. Por eso hay tantos que a la hora de definirse sienten la obligación de señalar y atacar extremismos a ambos lados, para mostrar su ponderación y equilibrio.

Es éste por lo general el lenguaje de los documentos oficiales y de las mentes mejor colocadas en el escalafón. No hay afirmación que no tenga su pero. Cristo declaró bienaventurados a los pobres, pero...; está bien hablar de justicia, pero...; en el evangelio se afirma que la autoridad es un servicio, pero...

El que se dé este tipo de fenómeno no es nada extraño. Más aún, sociológicamente resulta incluso inevitable. Toda gran asociación, si quiere sobrevivir y perpetuarse, tenderá a absorber y mimetizar los impulsos dominantes en cada momen-

to histórico y buscará cómo atraer el mayor número posible de personas. Lo mismo ocurre, a su nivel, en la evolución personal del individuo.

Por eso la persona de centro es, como hemos indicado, la que en la política eclesial del momento obtiene más dividendos.

En primer lugar, porque su actuación flexible e indefinida impide encasillamientos rápidos. De esta manera, mediante contactos, declaraciones y tomas de postura ambivalentes logra que ninguno lo pueda considerar ajeno aunque tampoco se atreva a sumarlo a su lado. Se constituye así en hombre puente para situaciones de conflicto.

Pero además hay ocasiones en las que un grupo necesita de alguien que ocupe un puesto de responsabilidad más universal. En estos casos ninguno de los grupos más definidos logra fácilmente el curso de votos necesario para imponer su candidato natural. De ahí que se desemboque con frecuencia en una convergencia de apoyo a candidatos que no son la primera opción de nadie.

Si todo esto es natural y comprensible, la cosa cambia cuando la posición centrista se propone como la más conveniente o incluso como la única auténticamente cristiana. Esta tentación resulta especialmente atractiva en momentos de tensión y divergencias profundas. La solución sería entonces —según ellos— volver al evangelio con sus valores inalienables de unidad y universalidad.

## TEOLOGIA DE CENTRO

Éstos serían los tres pilares sobre los que se apoya la concepción teológica de centro: frente a la ideología, el evangelio; frente a la división, la unidad; frente a la predilección por ciertos grupos o clases, la universalidad.

1. El debate sobre las relaciones entre

fe e ideología lleva desarrollándose varios años. Entendemos por ideología, sin entrar en matizaciones ulteriores, una estructura coherente de pensamiento de un grupo social que responde a una situación y unos hechos concretos. La cuestión está en saber si es posible sustraerse a un pensamiento ideológico a la hora de abordar las cuestiones de fe o de buscar la realización histórica de sus implicaciones.

La teología de centro parte del supuesto de que la ideología es siempre un límite, mientras que la fe es válida para todo tiempo y lugar. De ahí saca la conclusión de que el evangelio se puede y se debe leer sin ninguna ideología, en vez de concluir que se lee de hecho con ideologías diferentes.

Es imposible para el hombre prescindir de las mediaciones sociales. Toda persona ve lo que le rodea a través de un prisma que a veces podrá pasar desapercibido cuando toda una época, o el ambiente social cerrado en el que se vive, participan de un modo de pensar común; pero no por pasar desapercibido deja de funcionar.

Si el cristiano se niega a admitir esta realidad, lo que está haciendo es elevar su propia ideología a estructura universal y necesaria de pensamiento. Cuando el teólogo de centro llama integristas a quienes trabajan con una mentalidad más radical o más conservadora que la suya, está manifestando él mismo una mentalidad integrista, ya que una de sus características más típicas es no admitir siquiera que la postura propia pueda ser analizada con los mecanismos que las ciencias sociales ofrecen. En tales casos no es raro que el centrista de profesión termine por definir su posición no por lo que él piensa, sino en contraste con lo que piensan los que en su ambiente representan las posiciones extremas. Así más de una vez llama radical lo que en ambientes más



pluralistas no pasaría de moderadamente abierto, o considera peligroso lo que en contextos más enterados pasaría desapercibido.

Claro que este tipo de integrista no es inocente políticamente. Quien afirmara, por ejemplo, que determinada interpretación del evangelio está inspirada directamente por el Espíritu Santo, trataría de provocar con ello una obediencia ciega a sus normas y a su modo de pensar. Habría logrado así un sometimiento voluntario, que en el terreno civil sólo logran las dictaduras mediante una fuerte represión.

En realidad, esta forma de pensar está mucho más cerca de la ideología conservadora que de la contraria, ya que las personas en cuestión han cambiado los contenidos de su pensar pero mantienen los mismos esquemas: La Iglesia es la sociedad perfecta que posee la verdad y las soluciones necesarias para cada momento de la historia; tan fatal es romper la disciplina de la Iglesia para avanzar como para retroceder; las estructuras eclesiales tradicionales se pueden reformar, pero sería ir contra la voluntad de Cristo el intentar en algún caso abolirlas o transformarlas substancialmente.

2. Intimamente ligado con la cuestión de la ideología está el problema de la universalidad. Para el hombre de centro la gente cae en extremismos por fijarse sólo en la mitad de la verdad. El en cambio sabe decir la palabra adecuada en cada circunstancia. Celebra Misa en un barrio y casa a una pareja en la más lujosa urbanización dejando encantados a ambos públicos. Puede hablarles a los obreros de su importancia y a los empresarios de su responsabilidad sin provocar rechazo. Es ca-

paz de entusiasmar a los jóvenes con sus agudas críticas al sistema y asesorar a las autoridades sobre la manera de mantener su influencia y prestigio ¿No es esto lo que se necesita?

Aquí aparece de nuevo, sin embargo, la debilidad del centrista de profesión. Su imparcialidad es sólo aparente.

En un mundo ideal donde reinara la armonía perfecta, un tipo así sería la persona adecuada. Pero nadie se atrevería a considerar la situación actual como la más deseable. De esta manera el centrista termina por ser un aliado del sistema y un mantenedor eficiente del actual desequilibrio. No se puede estar a bien con todos en un mundo de opresores y oprimidos. No hay más remedio que ponerse a favor de unos, lo cual será tomado inmediatamente por los contrarios como una posición en su contra. Quien no quiere optar ha optado ya por dejar las cosas como están.

Pero además, quien tiene miedo a la confrontación termina por retraerse cada vez que alguien le planta cara o amenaza con armar un escándalo ¿Y quién es hoy el que tiene capacidad para amedrentar? Cuatro hacendados pueden más que millares de campesinos. Al pueblo se le puede dejar de lado una y otra vez sin que se escuche su protesta. Por eso el pacifista a ultranza termina por rendirse.

3. Por fin, una preocupación obsesiva del centrista es la unidad. Se le ha clavado en el alma el dicho que el evangelio de Juan pone en boca de Jesús: "Padre Santo, protege tú mismo a los que me has confiado, para que sean uno como lo somos nosotros" (17.11). Otros muchos textos que hablan de división se olvidan, se interpretan a nivel personal, o se tras-

ladan al juicio final más allá de la historia. Lo que más les duele en la sociedad y en la Iglesia es la falta de unidad. A ella dedicarán todos sus desvelos.

No está mal este deseo con tal de que no se subordine todo lo demás a él. La unidad es una labor que nunca se acaba. Lo más importante no es eliminar las disidencias; más aún, sin disidencias es imposible avanzar. Las grandes instituciones nunca se han movido porque un buen día alguien decide desde arriba que hay que dar un paso adelante. Los cambios surgen cuando los inconformes, que rara vez son los mejor situados, crean una sensación extendida de malestar y obligan a las instituciones a adaptarse a las nuevas circunstancias para recobrar la tranquilidad y el equilibrio. Sería equivocado, por ejemplo, ver en el Vaticano II el comienzo de la renovación de la Iglesia. El Concilio fue más bien el espaldarazo a tendencias que hacía tiempo bullían en la base, y que llevaban más de un siglo siendo propuestas y rechazadas (Véase P. NEUNER: *Modernismo y antimodernismo en la Iglesia*; SIC n. 408, pp. 340-344). Las únicas sociedades que aparecen ante el mundo como unificadas son los totalitarismos. Estos pretenderían haber llegado a un paraíso o reino que desde ese momento deja de ser una aspiración.

A la larga, y sobre todo cuando se ocupan puestos de responsabilidad, no es posible mantenerse consecuentemente como cristiano de centro. El centrismo no pasa entonces de ser una nomenclatura banal que se aplica a todos (todos conocemos a alguien más conservador o más radical que nosotros) pero que no define a nadie. Un centrismo coherente en los momentos de mayor peligro desemboca necesariamente en la derecha.

\* \* \*

Estas reflexiones nacen de una coyuntura eclesial determinada, y contemplan muchos casos reales y concretos. No pretenden impedir o eliminar la postura de centro que seguirá siendo una opción mayoritaria. Únicamente desean contribuir a analizarla.

Cuando dentro de unos años se elabore una clasificación matizada del último siglo de cristianismo, la década de los sesenta aparecerá como un momento de explosión vital y rotura de diques; mientras que los años setenta se manifestarán como años de repliegue y recuperación de controles. El hecho no se puede resistir y hay que vivir en él. Pero conviene también relativizarlo. Si esta vuelta hacia atrás prosperara o se consolidara se habría logrado fortalecer una situación universal de injusticia bajo formas más civilizadas, pero por eso mismo más duraderas. □